

**FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO,  
*MEDICINA FANTÁSTICA DEL ESPÍRITU* (1786):  
UNA VISIÓN CRÍTICA DE LA SOCIEDAD  
DE LA ILUSTRACIÓN**

EMILIO PALACIOS FERNÁNDEZ

Universidad Complutense de Madrid

**1. Introducción: su formación, la Bascongada, la educación, el literato ilustrado**

El alavés Félix María de Samaniego (1745-1801) tuvo la fortuna de ser hijo de José Ignacio, un mayorazgo inquieto e ilustrado que vivía en Laguardia, como leemos en la biografía de Palacios Fernández (1975). El padre mostró un gran interés por su educación, asistió durante tres años a clases de Humanidades en un Estudio de Gramática en su pueblo, que resultó fundamental para el aprendizaje humanístico de Samaniego y para orientar su temprana inclinación hacia la escritura literaria. Como tenía por anticuado el sistema universitario español, en 1758 decidió enviarle a Francia para que continuara su formación en un famoso colegio municipal de Bayona, regido por los jesuitas. En él estudió cinco años de Humanidades, siguiendo el modelo de la “Ratio Studiorum”. Acabados los estudios, tuvo oportunidad de viajar un tiempo por Burdeos y acaso por Toulouse, retornando a casa en el verano de 1763.

Con el propósito de huir del aburrimiento de su pueblo, empezó a frecuentar las tierras de Azcoitia, Azpeitia y Vergara, donde se organizaban actividades que estaban muy de acuerdo con su espíritu inquieto e interesado por la cultura. El promotor de las mismas era su

tío Javier María de Munibe e Idiáquez, VIII conde de Peñaflorida, que acabó con la fundación de la Bascongada en 1765. Samaniego, socio fundador, participa en las polémicas fundacionales, interviene como actor de teatro, escribe varios dramas, hoy perdidos. Se integró en la Comisión IV que se ocupaba de asuntos de “Historia, Política y Buenas Letras”. La educación fue la tarea que más interesó a la Bascongada desde el principio, y con ella estuvo relacionado siempre Samaniego, según mostré en un viejo artículo (1986a). Tras numerosas gestiones, fue aprobado en 1776 el Real Seminario Patriótico Bascongado. Para él Samaniego redactó, en verso, la *Paráfrasis del «Arte Poética» de Horacio*, texto desconocido descubierto hace poco (2001: 469-508), que fija con claridad la estética neoclásica y la ideología ilustrada, exigiéndole la necesidad de “instruir a un tiempo y deleitar”. En 1780 fue nombrado director del Seminario. En este contexto escribió Samaniego las fábulas que publicó en Valencia con el título de *Fábulas en verso castellano para el uso del Real Seminario Bascongado* (1781). El éxito fue total: buenas reseñas en la prensa, excelentes ventas, y el acierto de elegir un género que podía convertirse en paradigma de la literatura ilustrada. La Bascongada le otorgó el nombre de Socio Literato, y le ofrecieron de nuevo la dirección del Seminario en enero de 1782. Al año siguiente se trasladó a Madrid, según estudió Palacios Fernández (2002a), para hacer gestiones políticas para la provincia de Álava y para la Bascongada, la creación de un Seminario de Señoritas para establecer en Vitoria (Palacios Fernández, 2002a: 76-87), y allí publicó el segundo tomo de las *Fábulas* (1784). Con las fábulas había iniciado Samaniego un género que se convirtió en modelo de poesía ilustrada, con un texto en el que combinaba un cuento entretenido que acababa con una interesante moraleja educadora, que sirve para niños y, sobre todo, para mayores. Su ideario se condensa en las moralidades en las que brilla su estética neoclásica y su espíritu ilustrado, según he dejado dicho en un reciente trabajo (2006a).

Antes de su partida de Madrid en julio de 1786, bajo el seudónimo de *Damián de Cosme*, que usa cuando quiere velar su nombre, publicó el texto poético *Medicina fantástica del espíritu, y espejo teórico-práctico en que se miran las enfermedades reinantes desde la niñez hasta la decrepitud: con recetas y aforismos, que suministra la moral*. Escrita en metro joco-serio y prosa (1786). Este folleto era de autoría dudosa porque la *Bibliografía* de Aguilar Piñal lo atribuía a la vez a Forner,

a García de la Huerta y a Samaniego. Esto se solucionó cuando supe interpretar correctamente un texto de Jovellanos quien, al visitarle en su palacio de Yurreamendi, anotó en su *Diario*: “1791, viernes, 26 de agosto. Llegada a Tolosa al anochecer: visita de Samaniego, que reside en la hacienda de Juramendi; graciosísima conversación. Nos recitó algunos versos de su *Descripción del Desierto de Bilbao*, dos de sus nuevos cuentos de los que hace una colección, todo saladísimo; estuvo hasta las diez dadas; nos instó mucho a quedarnos mañana para comer con él. Ha escrito de educación; su mujer está en Valladolid, y quiere que yo la vea al ir”. El folleto sobre “educación” acababa de salir hacía poco tiempo y lo recordaba el escritor asturiano.

También descubría Jovellanos al autor de cuentos verdes, que acabarían recogidos en la colección ficticia *El jardín de Venus* (2004). La poesía erótica nos ofrece una cara distinta del autor, que expresa una nueva concepción del amor y del sexo, que tiene que ver con la expansión en España de la ideología deísta que alimentaba una moral sensualista y naturalista, y que provoca el interés por la literatura venérea, según recordé en el estudio de este fenómeno (2006b).

## **2. *Medicina fantástica del espíritu* (1786): una revisión de ciertos problemas sociales**

Por lo adelantado, era desconocido *Medicina fantástica del espíritu, y espejo teórico-práctico en que se miran las enfermedades reinantes desde la niñez hasta la decrepitud: con recetas y aforismos, que suministra la moral*. Escrita en metro joco-serio y prosa por el Dr. D. Damián de Cosme. Dedicase a los Santos Médicos San Cosme y San Damián (1786). El folleto poético, una sátira, es un trabajo laborioso en sus aspectos formales y de estilo, tal vez pensado durante bastante tiempo, que exige al autor una cuidadosa mirada a la sociedad que observa críticamente. Hace un tipo de poesía ilustrada que es un manual de educación sobre comportamiento humano dando lecciones morales y sociales de tono reflexivo. Aunque breve, tiene una estructura compleja, bien articulada y original, pues no he encontrado otros textos similares y, además, no incluyen a Samaniego ni el estudio del género de Coughlin (2002), ni el de Cebrián *La Musa del saber* (2004), donde describe la poesía para enseñar ciencias. El volumen se abre con dos piezas introductorias y le siguen luego tres libros:

Dedicatoria	A los santos médicos san Cosme y San Damián	
Prólogo		
Libros	Capítulos	Núm. caps.
I. La niñez	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. Enfermedad: La mala crianza</li> <li>2. Enfermedad: La mala inclinación</li> <li>3. Enfermedad: La falta de respeto desde niños a los padres</li> <li>4. Enfermedad: Aprender lo malo, antes que lo bueno</li> </ol>	4
II. La juventud-madurez	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. Enfermedad: El amor profano</li> <li>2. Enfer.: La violencia de los padres para que se casen contra su gusto</li> <li>3. Enfermedad: La violencia de los padres para que entren en religión</li> <li>4. Enfermedad de las hermosas: ser desgraciadas</li> <li>5. Enfermedad de las mujeres: ser feas</li> <li>6. Enfermedad de los petímetros: ser presumidos y afectados</li> <li>7. Enfermedad de los mayorazgos: pasar plaza de tontos</li> <li>8. Enfermedad de los jóvenes: ser poco devotos</li> </ol>	8
III. La vejez	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. Enfermedad de los viejos: ser codiciosos</li> <li>2. Enfermedad también de los viejos: ser cortejantes</li> <li>3. Enfermedad de las viejas: querer parecer jóvenes</li> <li>4. Enfermedad de la decrepitud: las sombras del amor y codicia</li> </ol>	4

Abre el libro una Dedicatoria titulada “A los santos médicos san Cosme y san Damián”, en décimas, en la que con lenguaje gracioso, “como quien cuenta una historia, // de los de la tierra quiero // pintar las gracias y esmero” (p. A 2r.) de asuntos sobre los médicos. Estos son todos malos, lo son en el presente, lo han sido en el pasado y lo serán en el futuro. Retrata situaciones de la vida real de los galenos cuando curan las heridas de los enfermos cometiendo errores. Aconseja sabia-

mente que si queremos gozar de buena salud debemos desterrarlos de la sociedad, al que debemos matar antes de que nos liquide a nosotros. Acaba con una invocación a los “santos míos” para ponerse bajo su protección.

Viene después un largo Prólogo, en romance, donde explica cuál es su intención al escribir esta obra, empresa muy difícil que se complica por ser el destinatario “el vulgo muy ignorante”. Intenta captar su benevolencia con el “Lector amigo”, pero sabe que su tarea es muy complicada. Se presenta de moralista: “Le pintaré tal el vicio, // que al querer abandonarse, // de temor a la pintura, // huya de las realidades” (p. A 5v.). Aclara que quiere hacerlo usando un estilo agridulce, aunque predomine el dulce.

Explica luego las claves para entender su rumboso título, y que orienta sobre la estructura del mismo: mi “Medicina” tendrá de todo, en parte será agresiva, sin que irrite, “y que el espíritu inflame”; “Fantástica”, pues ha nacido en “espacios imaginarios // de mi discurso vagante”; y “del Espíritu”, porque, a pesar de que los consejos pueden servir para el cuerpo, están pensados sobre todo “para el alma”. Describe luego la segunda parte del marbete: lo llama “Espejo”, porque “en lo clara // se parece a los cristales, // viéndose en él las dolencias, // que padecen las edades”, en el cual se reflejarán los vicios en los que naufraga el hombre a lo largo de su vida; “Teórico-práctico”, pues los principios teóricos se completan con ejemplos prácticos como los que sirven de base teórica “de las Ciencias y a las Artes”. Para llevar a cabo esto, él se comportará como “los practicones sabios”, hombres sabios y prácticos, que no se dejan guiar por “sofisterías”, sino por la experiencia. Indica cómo organiza la materia de su ensayo: “Los políticos axiomas, // y las sentencias morales, // como de un jardín de flores // forman tejidos enlaces” (p. A 6r.).

Dará luego Recetas, “que bien usadas, // harán curas admirables”, pues consiste la salud en la enmienda del achaque moral. Sobre el tratamiento de los temas precisa que “unos asuntos admiten // chanzas, otros seriedades”, que no se puede reír de todo ni andar siempre con el ceño fruncido, y habrá una métrica adecuada a cada asunto como exigen las poéticas y recuerda Domínguez Caparrós (1976), porque en la variedad está el gusto y la musicalidad es una garantía de belleza. Empezará el

recorrido en la niñez, ya que en esta época es posible enderezar los defectos, pues el árbol “cuando tierno se endereza”; seguirá por la juventud donde los vicios se acumulan por razones de edad, y acabará en la vejez, “pantano irremediable, // de donde ningún mortal // puede pasar adelante”, pero que tampoco es ajena a las imperfecciones.

Explica luego el proceder del autor-moralista en cada capítulo, ya que según la gravedad del mal “pondrá la Receta adecuada” y se extenderá más en el grave. Los vicios afectan a todos los grupos sociales y estados: “Aquí los pobres y ricos // hacen papeles iguales; // siendo las virtudes damas, // recato y honor galanes. // Aquéllas y éstos también // hallarán para adornarse, // las galas de la modestia, // sin los profanos disfraces. // Los súbditos y prelados, // vasallos y majestades // verán que la razón triunfa, // y al que la tiene le vale” (p. A 7 r. y v.).

Añadirá luego Máximas que sinteticen los principios morales que serán útiles tanto para el ignorante como para el sabio, “el uno para instruirse, // y el otro para acordarse”, advirtiendo que las escribe para recordarlas. Según recoge el *Diccionario de Autoridades*, máxima vale por “sentencia, axioma, principio o fundamento de alguna arte o ciencia” (1734, IV: 517), y aquí servirán de enseñanza. Explicará por orden todas las enfermedades, lo cual hace referencia a las citadas edades, sabiendo que ya el doctor no mata ahora porque son morales. Es el enfermo quien debe tomar los medios para aliviarse, que no son drogas. El médico dará también algunos “corroborantes”, o sea vitaminas en forma de consejos, que le fortifiquen de ciertas debilidades. Samaniego se propone escribir un tratado sobre moral, de educación humana en el que el supuesto doctor dará recetas o consejos. Con todo, será un médico del alma, que se expresará por medio de un lenguaje simbólico-literario como en las fábulas.

El texto se divide en tres libros: el I sobre la niñez, que incluye cuatro capítulos; el II sobre la juventud-madurez, con ocho; y el III, la vejez, con cuatro. Cada capítulo tiene la misma estructura: se abre con un título con el nombre de la “Enfermedad” estudiada, sigue un “Aforismo” donde se fija sintéticamente el problema por medio de una máxima; continúa con la “Descripción de la enfermedad” moral, con una extensión variable según su gravedad; sigue luego otro “Aforismo” en el que intenta fijar de nuevo de manera clara la doctrina para memo-

rizarla; y acaba con una “Receta”, de amplitud varia, donde se dan consejos básicos para la curación de los vicios morales. Es un libro de educación sobre comportamientos humanos, en el que los capítulos están pensados unos de manera más teórica y abstracta, y otros más objetivos, y estos tienen un gran valor pues muestran la diversidad de su conocimiento sobre la sociedad actual, costumbrista crítico como el Cadalso de las *Cartas marruecas*.

El aforismo, según el *Diccionario de Autoridades*, es una “sentencia breve y doctrinal que en pocas palabras explica y comprende la esencia de las cosas” (1726, I: 338). Advierte que se trata de una palabra griega y que el origen de esta es también clásico. Sabemos que en la formación infantil en Laguardia Samaniego estudió los *Adagios* de Valerio Máximo, libro titulado *Facta et dicta memorabilia*, editado varias veces en la segunda mitad del XVII. Los aforismos, de extensión variable, es la parte en prosa de este escrito. Lo utilizan no solo los doctores, aunque los adagios médicos tienen una larga tradición, sino en la literatura didáctica del siglo XVIII, española y extranjera, que pudo servirle de inspiración. Acaso conociera el libro del humanista Fernando de Arce *Quinquagenae* (Salamanca, 1533), escrito en latín, que incluía una colección de 50 adagios acompañados cada uno de una fábula, muchas de Esopo, publicado hace poco con el nombre de *Adagios y fábulas* (2002).

En el Libro I se abordan los problemas de la niñez. La primera enfermedad que estudia es “La mala crianza”, como si fuera un problema urgente al que hubiera que dar pronta respuesta. Se abre con un conocido aforismo, “Edificio mal fundado se arruina” (p. 1), ya que la educación de los niños de su tiempo dejaba mucho que desear. En la descripción de este mal observa la inadecuada conducta de los padres en este asunto: el excesivo cariño de la madre impide “corregirles sus descomposturas”, y la desidia del padre “tolera las desenvolturas”. A resultas de ello el niño se engolfa en los vicios creyendo que son solo travesuras. Ya mayor, hace mil locuras y sus progenitores se lamentan tarde. Su situación es impropia de una persona analiza el sociólogo: ni tiene profesión, ni trabaja en nada, ni posee dinero para subsistir. Resultado, roba y mata para sobrevivir, y acabará por fin en la horca. Un nuevo aforismo quiere volver a recordar cuál es el principio que debe guiar la situación: “La política más fina y moral más acendrada,

es la virtud” (p. 2). La receta ofrece una serie de consejos que orientan la educación infantil: no debe ser la madre condescendiente en exceso, consiga el padre que el hijo aprenda a rezar y la doctrina cristiana como freno interior, y concluye: “Críenle bueno, humilde y obediente, // dócil, limpio, cortés, bien inclinado, // y a facultad u oficio dedicado; // el noble instrúyase en lo competente. // La educación no más le hará dichoso, // y aun en su oficio honrado sin segundo: // tendrá la guerra un general glorioso, // o la toga un ministro el más profundo; // y llegando por fin a ser virtuoso, // será lo que hay que ser en este mundo” (pp. 2-3).

Samaniego tenía una gran información en asuntos educativos ya que, al estar tan cercano al Seminario de Vergara, conocía los problemas básicos de la educación adaptada a cada uno de los grupos sociales, pero poseía datos de materias problemáticas que se habían planteado en aquel entorno y que tenía muy meditados en este asunto tan vital, que como sabemos lo consideraban como un punto básico para la reforma en el País Vasco, pero también para la nación, y cuyas ideas se pueden contrastar con las opiniones de los críticos modernos Guereña-Viñao-Frago (1996) y Saavedra-Sobrado (2004: 47-136). Aunque no se especifica aquí, también era partidario de la formación de la mujer, ya que fue el promotor del Seminario de Señoritas, y deja en las fábulas algunas ideas sobre lo mismo, en la onda del libro de Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física de las mujeres* (Madrid, 1790).

“La mala inclinación” es el nombre de la enfermedad que aborda en el capítulo siguiente. En el aforismo primero centra el problema: “Los dañados estímulos de nuestra naturaleza, pervertida por las sugerencias de la culpa, nos hacen incurrir en los vicios, que fomentan las pasiones y nos precipitan” (p. 3). En la descripción de este mal se constata que la perversa inclinación natural de los hijos es causa de graves pesares para los padres. Cuanto más crece mayor es su desenfreno, y resultan inútiles los avisos paternos. De aquí se deriva una actitud anormal en el joven por la que “los vicios ama, y la virtud condena”, y será causante de todos los desvíos hasta caer en el homicidio. El aforismo posterior “los astros inclinan, pero no fuerzan; y el sabio domina en sus influjos” (p. 4), abre un rayo de esperanza para quien era víctima de este mal. En la receta intenta dar solución al problema y comienza

por interrogarse si no hay remedio para este vicio congénito: ¿el hombre no dispone de libre albedrío?, ¿Dios nos manda enfermedades sin remedio?, se pregunta. La respuesta del maestro psicólogo es positiva, ya que finalmente la razón vencerá al mal, y sacará “del natural la propensión valiente” que servirá para recuperar el juicio y la sabia virtud, con ayuda del cielo, concluye.

En el capítulo tercero, titulado “La falta de respeto desde niños a los padres”, se concreta en el aforismo “la poca veneración a la superioridad, aun entre los gentiles, fue causa de profanar sus templos y deidades” (p. 5). Hay niños que nacen con carácter orgulloso y, a pesar de que sus padres les tratan con amor, se comportan con altivez. La solución queda clara en el segundo aforismo: “Llama que si llega a tomar cuerpo, sin poder atajarla convierte los edificios en ceniza; cuando nace se apaga con un soplo” (p. 6). En la solución pone algunos ejemplos sacados de la naturaleza donde también pasaba igual, pero se pregunta la conducta del progenitor: “Sagaz el padre, así, severo o blando // en reprimir a su hijo se previene” (p. 6). Explica con detalle las reglas que debe seguir desde la infancia, sobre todo moderar los arrojos con prudencia.

La enfermedad que cierra el libro I es “Aprender lo malo, antes que lo bueno”, que se concreta en el largo aforismo “La virtud nos halaga con su fragancia, pero tiene espinas al modo de la rosa; y el vicio nos atrae como por simpatía, con semejanza al imán al hierro” (p. 7). En su descripción constata que por el natural jugueteo de algunos niños, las simples bufonerías al principio se convierten luego en vicio. Por el contrario, la virtud, “dama hermosa”, no es bien amada, ni seguida, y huye de ella “sin conocer sus propiedades”, y acaba persiguiéndola. El aforismo final aclara este problema: “La virtud es doncella linda y casta, vestida de asperezas, pero tiene un suavísimo genio; el vicio es un árbol con la corteza dulce, y por dentro lleno de amarguras” (p. 8). Aconseja, pues, que los padres dirijan bien al niño por el camino estrecho de las virtudes, que traerá luego el proceder honrado, el amor a la verdad, que acabará amándola sin reservas.

En el Libro II describe las enfermedades de la juventud en ocho capítulos. La primera que aborda es “El amor profano”, cuya problemática comienza a fijarse en el aforismo inicial: “El amor es efecto natural; la

belleza y adornos, causas muy poderosas; nuestra naturaleza, materia dispuestísima, ¡ah!” (p. 10). Esto resume el problema que existe en el nacimiento del amor a causa de la atracción por la belleza y adornos femeninos, que atrapan a la naturaleza débil y siempre dispuesta del hombre. En la descripción recuerda que el amor ha causado muchas tragedias, mentando al literario Cupido con sus flechas, imposibles de olvidar cuando se alían con la hermosura de la mujer y cuyas batallas amorosas pinta en tono humorístico. El aforismo segundo orienta sobre este asunto: “En las batallas de amor el que tiene ánimo para huir, es el más valiente y triunfa” (p. 14). El consejo básico que da luego para solucionar este problema es huir cuando aparece por primera vez la tentación amorosa, aunque la hermosa se irrite por ello. Si se quiere conocer la situación real de este tema en la época, recuerdo los libros de C. Martín Gaité (1988) y de Haidt (1996).

En el capítulo dos presenta un asunto muy discutido en las instancias ilustradas “Enfermedad que padecen los hijos, es la violencia de los padres para que se casen contra su gusto”. El viejo aforismo orienta sobre este punto en litigio: “Con voluntad y gusto se vencen las dificultades; la fuerza tiene malas resultas” (p. 16). En la descripción constata “¿Qué me case tal por cual // sin ver quién engaña a quién?” (p. 16) como ocurre en los matrimonios de conveniencia, esto es casarse contra la razón. Mi padre ha pensado el casarme así, como si me metiera a galera. Pero no sabemos cuál es la solución al problema porque en el original falta el aforismo segundo y la Receta explicativa. La mayor parte de ilustrados tenían criterios parecidos, como se observa en las *Cartas marruecas* de Cadalso o en Leandro Fernández de Moratín que había hecho en bastantes de sus obras teatrales una batalla contra el matrimonio por interés frente al matrimonio por amor, problema analizado en Saavedra-Sobrado (2004: 189-212).

El capítulo tercero, “La violencia de los padres para que los hijos entren en religión”, versa de un tema de gran interés que afectaba a muchachos de ambos sexos. Centra el problema con el aforismo: “Lo que no tiene remedio después, mirarlo bien antes” (p. 18), para aconsejar el antídoto en el momento adecuado. En la descripción del mismo cuenta cómo algunos jóvenes eran obligados por sus padres a entrar en religión sin tener vocación, como si hubieran entrado en prisión, dice con ironía, sin haber cometido ningún delito. Aconseja a los jóvenes

novicios que abandonen el claustro: “Ni he nacido para eso, // ni me hallo con vocación; // y así digo sin exceso: // profeso en mi religión, // en convento no profeso.” (p. 19). En este tema, que afecta gravemente a la dignidad y libertad de los jóvenes, aconseja en el nuevo aforismo: “En materias pecaminosas no deben obedecer los hijos a los padres” (p. 19). La solución que propone el moralista para estos casos en los que encontramos un “padre sin razón” violentando el libre albedrío, hay que ignorar sus pretensiones: “A violencia tan notoria, // por no obedecer, no hay pena, // y aun es obra meritoria; // que el padre no se condena, // los hijos ganan la gloria” (p. 20).

Sabido es que los conventos se habían convertido en ocasiones en lugares de refugio de gente humilde que solventaba, sin tener auténtica vocación, sus dificultades de subsistencia, pero que también planteaba otros problemas. Samaniego había vivido esto en su misma familia. Tenía dos hermanos religiosos que habían sido cazados en los colegios donde estudiaban: Isabel, estudiante en un convento de monjas de Calahorra, había ingresado en las clarisas de Vitoria; y su hermano Antonio Eusebio, alumno en el colegio de los jesuitas en Calatayud, había acabado ingresando en esta congregación. Fue por eso gran defensor de la enseñanza en centros laicos, porque creía que las monjas acababan insistiendo demasiado en la religión y orientando a los alumnos hacia su propia orden, asunto en el que suelen recalar con frecuencia los ilustrados interesados en este tema como Olavide, Cadalso...

“Enfermedad de las hermosas, ser desgraciadas” es el asunto que trata en el capítulo IV. El aforismo que lo abre “no sólo es desgracia la hermosura, sino causa de mayores desgracias” (p. 21), le da un aire de perplejidad. En la descripción se lamenta de que las hermosas tengan tal desgracia. “A lo blanco, sólo por ser bello // muchos no le aman”, pero no entiendo bien si se trata del afeite que cubre la cara de la guapa o de su vestido, ya que las motejan los amantes de frías y sosas. Los cortejos se hallan perplejos a la hora de elegir, y siempre están quejosos por algún defecto. “Si se casan es con malos mozos; // después de casadas, // al instante el amor celosías // pone en las ventanas” (p. 22), aclara con ironía. Pero si permanecen solteras también las tienen por malas, y por lo tanto jamás queda bien la hermosa. El aforismo “la modestia, la honestidad y virtud hacen a la hermosura feliz” sintetiza cuáles deben ser los rasgos de la verdadera belleza. En la receta aclara

que la beldad solo tiene interés si se añaden otros valores positivos que son “lo modesto, lo casto y lo virtuoso”, que darán a la bella mejores quilates de “hermosura humana”, afirma un moralista más comedido.

En el capítulo siguiente, el V, el mal que presenta es “Enfermedad de las mujeres, ser feas”. Leemos en el aforismo: “La fealdad y la envidia nacieron de un parto; y quieren hacer brillar su escasa luz, apagando las otras” (p. 24). Las feas no son afortunadas, y sí dejar de serlo. Aunque se pinten, no gustan a nadie. Pero cuando hablan discretamente, usando chistes y agudezas, aunque mezclen textos de la Sagrada Escritura con versos de entremés, pasan por consejeras e incluso por “más letradas”. Si se visten con mantillas vistosas, los hombres las ven con mejores ojos. El nuevo aforismo aclara el estado nuevo de la desfavorecida: “El que dice, que las feas parecen al diablo, miente porque a nadie tientan; y en las perfecciones del alma son iguales a las hermosas” (p. 27), y por lo tanto lo que importa es valorar la belleza del alma, porque la del cuerpo perece y aquella es inmortal. Ahora cambia la situación: “Las hermosas son feas, // si al infierno se van; // las feas muy hermosas, // si se saben salvar” (p. 27).

En el capítulo VI trata la “Enfermedad de los petimetres, ser presumidos y afectados”. El aforismo inicial, “parezca, aunque perezca; y como luzca, más que todo se abrase” (p. 28), pone sobre aviso de sus males. En la descripción hace una perfecta pintura del petimetre: bien peinado, terso, limpio, con rizos, mucha colonia, vestido a la última moda de París, gestos estudiados, se esfuerza en aprender minué, hábil en usos sociales (pañuelos, abanicos, dulces, rapé...), dibuja y borda, habla con remilgo y escribe versos, pero también es doctor eximio que tiene plaza de erudito, sabio con saberes similares a *Los eruditos a la violeta* (1772) que pintara Cadalso. El nuevo aforismo vuelve a centrar el tema: “Sáqueles la razón del hospital de su locura, y pasen a la convalecencia del entendimiento, donde se restablezcan” (p. 31). Y la receta que le recomienda comprar en la botica es “jarabe de juicio” para que entre en razón. El dibujo del petimetre, bien trazado, nos presenta un tipo de máxima actualidad, y también su valoración social. Se trataba de un tema polémico en el que habían entrado periodistas como Clavijo y Fajardo en *El Pensador*, ensayistas como Cadalso, en *Cartas marruecas*, dramaturgos como Moratín padre o Iriarte, y él mismo en las *Fábulas*.

El capítulo VII aborda un tema de discusión frecuente entre los ilustrados, “Enfermedad de los Mayorazgos, pasar plaza de tontos”, que se centra con el aforismo inicial “la sabiduría junta con el poder, ¿qué no emprendiera?” (p. 32). En la descripción del mal hace ajustadas reflexiones sobre cuál debe ser el proceder de los nobles. No se puede soportar el ser pobres y tontos, pero conviene fiscalizar la conducta del rico: es necesario que estudie para que sea discreto, esforzándose en el estudio como un noble ya que “el noble siempre es noble, // y en lo que emprende, // como noble es preciso // proceda siempre” (p. 33); que no malgaste el dinero; que aprenda a divertirse sin caer en bajezas; que actúe como un hombre de bien, sin hacer vilezas que den motivo a su censura; que viva con corrección su matrimonio, y por si alguien se da por aludido por estas críticas recuerda que “sólo pretendo // vituperar los vicios, // no los sujetos” (p. 37). Centra el tema luego en el aforismo último: “Ser virtuosos, aplicarse e instruirse como pobres; en lo demás tratarse como ricos”. En la receta final concreta con claridad cuál debe ser el proceder del noble: “Con las buenas costumbres, // y la enseñanza, // se logra allá la gloria, // y aquí la fama (p. 37). Pinta con acierto Samaniego los problemas de los mayorazgos nobles, clase a la que él pertenecía y sobre la que ya había escrito el ensayo “El mayorazgo corto” (1790), que puede leer el lector en *Obras completas* (2001: 655-656), recordando a los mayorazgos con escasos medios económicos, y que fue un asunto que trata Cadalso en las *Cartas marruecas*.

Cierra el libro II el capítulo VIII titulado “Enfermedad de los jóvenes, ser poco devotos”, o sea como dice el *Diccionario de Autoridades* poco “fervoroso y dedicado a obras de piedad y religión” (1732, III: 250). El aforismo inicial centra el tema: “Quien sabe el plazo de su deuda, aunque no esté prevenido, no incurre hasta que se cumpla. Al contrario, el joven pecador que lo ignora, debe tener el alma dispuesta para la paga, por si Dios se la pide en aquel instante” (p. 38). Censura al joven sumido en el vicio sin pensar en su futuro, sin darse cuenta de que la muerte llama inesperada, igual al viejo que al joven. Siguen una senda errada ya que no aman el bien y están en pecado la dama hermosa y tierna, y el galán por un momento de gusto. “Todo lo allanan locas juventudes, // pues la cuesta allanada de las virtudes” (p. 40), afirma. Este se tiene por el rey de la creación y en el futuro perderá esta corona, yerra el camino de la gloria, y solo piensa que es joven y

no le interesa el futuro, pero si muere sin rectificar no habrá entonces ni paz, ni tranquilidad, ni calma. Ahora no le interesan las cosas religiosas: ni misas, ni sermones, ni ayunos, ni rosarios, ni devociones. Es un error creer que cuando seas viejo morirás bien sin estar preparado de joven, y recuerda: “Jóvenes, no olvidéis, y finalizo, // para que el alto Criador os hizo. // Premeditad en Dios, luego en vosotros, // cuanto hay se encierra dentro de nosotros” (p. 41). Si el alma es inmortal, está creada por Dios y que le goce en bienaventuranza eterna. El aforismo último concreta la enseñanza: “Joven, aun el más docto, menos sabe tu vanidad, que una hormiga; pues haciendo su provisión en el verano, lo pasa sin temer, que le falte comida en el invierno; y tú desproveído de buenas obras en la juventud, no quieres saber, que acabado el tiempo del acopio, te ha de costar muy caro el descuido, cuando no te suceda un escarmiento” (p. 41). En la receta final dice que “para vivir sano, te has de hacer viejo temprano”, porque de esa manera estarás prevenido para el futuro. Resultan un tanto extraños los avisos del moralista, un Samaniego que era poco religioso, pero que aconseja seguir algunas prácticas de piedad si sirven de freno a los jóvenes descarriados.

Cierro esta revisión en el Libro III en el que describe problemas de la vejez en cuatro capítulos, dos para los hombres y otros dos para las mujeres, aunque el último afecta a ambos. Se inicia en el primero con “Enfermedad de los viejos ser codiciosos”, que se centra con el aforismo inicial: “Para coger en la vejez, sembrar en la juventud; de otra manera, la codicia rompe el saco” (p. 43). En este caso el autor incluye una pequeña historia, la del malvado viejo que se pasa el día contando el dinero que guarda en una gaveta, mientras cifra su gloria solo en los millones sin pensar que los ha de dejar en este mundo. Recela de todo el mundo, lo vigila con celo, teme que se lo vayan a robar. Una noche, que cree oír ruido, se despierta sobresaltado y llama al médico que firma la sentencia de muerte, pero él sólo se acuerda del dinero y no del alma. Pero vuelve a mejorar y de nuevo vuelve a recontar su dinero, y cree que le han robado una pieza, llora, enferma y muere por fin. El segundo aforismo resume el tema: “Todo compuesto de materia, que ha tenido principio, tiene fin; y de viejos no se puede pasar” (p. 45). Samaniego da la siguiente solución a este problema: hay que reconocer el vicio de la codicia que se adueña del corazón, y abrir nuevas perspectivas morales pensando en la eternidad, rezando, lo cual dará un contenido moral a su vida.

El capítulo II se titula “Enfermedad también de los viejos, ser cortejantes”, que se orienta con el aforismo primero: “¿Hay espectáculo más raro, que un viejo con el pie en la sepultura requebrando a una moza?” (p. 46), que señala lo peculiar de este caso. La descripción del mal, en clave de humor, presenta las chuscas situaciones de las aventuras amorosas de los viejos: andan tras las mujeres “sean lindas, sean feas”, y se pregunta “¿quién vio delirio mayor, // que un viejo haciendo el amor?”. Se arriesgan a que la dama les robe, a que no pueda consumir su relación, a que alguna le recrimine “¿con canas y haciendo el majo?”. Podrán comprobar que “no hay moza que les quiera, // quien lo dice, es embustera” (p. 49), y que lo que en realidad quieren es solo su dinero. El aforismo segundo vuelve a recordar lo que debe hacer el anciano: “Los viejos han de cortejar a la muerte con buenas obras, y llevar el retrato de un esqueleto para contemplar con frecuencia lo que son” (p. 49). Por eso, los consejos que le da en la receta es que haga frecuente oración y que mortifique su cuerpo con alguna disciplina.

Y pasando a las mujeres, en el capítulo III la “Enfermedad de las viejas, querer parecer jóvenes”, se abre con el aforismo: “¡Quién dijera, que todo el imperio de la hermosura, vanidad y arrogancia de sus armas paran en lastimoso y abominable trofeo de la edad!” (p. 50). En la pintura aconseja a la “vieja ridícula, // caduca, trémula, // déjate inválida // de amores ya” (p. 50), ya que esto es propio de otros tiempos. Recuerda que la belleza de las damas jóvenes pasa rápidamente, y que sus ojos deben brotar ahora lágrimas ya que, loca y estrambótica, eres un símbolo de fealdad. Y él, que era especialista en el bestiario, como autor de fábulas, le recuerda a las damas que si cuando jóvenes eran la blanca y dulce tórtola o la alta y fuerte águila, ahora les llama con desprecio tarántula, o sea “especie de araña de color ceniciento con pintas negras, rojas o verdes; el cuerpo grueso y velludo, el cual mantiene en ocho pies como la araña, y a su imitación forma también telas en la que prende varios insectos volátiles; es venenosa y muy nociva su mordedura”, según el *Diccionario de Autoridades* (1739, VI: 227). Y describe el cuerpo de la vieja como “despojo trágico” con ojos frágiles que se van consumiendo. Le recuerda que el tiempo ha pasado de manera inexorable, que debe pensar en la muerte. El aforismo final recuerda esta triste realidad: “¡Gracias a Dios, que se encontró el remedio universal para que rejuvenezcan las damas, causando, que la vejez sea toda autoridad y veneración, hasta perpetuarlas en el templo

de la inmortalidad! ¿Y cuál es? ¿Podiera haber otro, que la verdadera mística?” (p. 52). En la receta pide que cure los síntomas y el mal con bálsamos morales de buena conducta.

El capítulo cuarto, que cierre el volumen, se titula “Enfermedad de la decrepitud, las cenizas o sombras del amor y codicia”. Se abre con un largo aforismo: “¡Aquí fue Troya!, decía un epitafio de su soberbia, después de arruinada; ¡y hay delirio tan rematado en las humanas pasiones, que publique entre sombras y cenizas: ¡aquí fuimos!” (p. 53), con una llamada a la reflexión en vísperas de la muerte. El mal que afecta a algunas personas mayores: la anciana que vive de manera impropia aventuras amorosas cuando están con apariencia tan lamentable (calva, desdentada, enferma, coja, sorda), que cae grotescamente cuando de forma inadecuada inicia un baile con un galán, o a un anciano que guarda su dinero para no ser robado. Para señalar lo impropio de tal situación bien vale el aforismo “En este mundo se delira desde nacer hasta morir” (p. 55). Entre los remedios propone que los ancianos tengan un proceder más digno, estando como están en vísperas de la muerte.

Aquí acaba el texto con un Fin para cerrarlo, pero sin que incluya una pieza conclusiva. He retirado las páginas que hablaban del estilo y de la versificación para centrarme más en el contenido.

### **3. Conclusión: una evaluación de Samaniego**

Samaniego, que tenía una completa formación en literatura europea y española, sobre todo a partir de su biblioteca, se convirtió en un escritor del Neoclasicismo y fue portavoz de los ideales ilustrados, como ha reconocido la crítica de su tiempo y moderna. “Los caballeros de Azkoitia” fue un episodio singular para la historia del País Vasco, aunque tuvo una repercusión nacional. Se convirtió en una figura clave de este grupo reformista a nivel local y también a nivel estatal ya que fueron muy conocidos sus escritos, y participó en las polémicas nacionales literarias sobre poesía, teatro y asuntos sociales en los que era un auténtico experto. Gran parte de su obra se redactó en el entorno de la Bascongada, fue amigo, animador y ejemplo para otros escritores vascos como Peñaforida, Eguía, Armona y Murga, Ibáñez de la Rentaría, Llaguno y Amírola, entre otros, como había dejado escrito en un viejo

artículo (1986b: 67-113). No tiene ni la importancia política, ni la diversidad de su obra, pero debemos situarle en la misma línea literaria e ideológica que Jovellanos o Meléndez Valdés.

La revisión de las ideas que expresa Samaniego en *Medicina fantástica del espíritu* nos ha permitido conocer la hondura y diversidad de su pensamiento político-social en este manual sobre educación del comportamiento humano. No tuvo ningún problema con la censura en el momento de editarlo, si bien hubo de ocultar su identidad bajo el seudónimo, sabemos que estos libros reflejan un ideario al uso entre los intelectuales ilustrados. Pero fue, en especial, conocido por las *Fábulas* que tuvieron una excelente recepción y le convirtieron en una figura muy conocida en toda España, también fue pronto traducido a otros idiomas, y que llegó a ser modelo de este tipo de fábula moral, social y política, mientras Iriarte sólo le quita el espacio estético literario, que fue muy imitado a final de siglo.

Tampoco publicó en su tiempo *El jardín de Venus*, por mor de la censura, pero fue pieza codiciada en las tertulias tanto en el País Vasco como en Madrid, siguiendo una moda de su época, donde reflejaba su espíritu materialista y libertino. En este sentido podemos defender que el erotismo y la moralidad nacen del mismo espíritu ilustrado que defiende el naturalismo y la libertad. En estos cuentos muestra poco aprecio a las órdenes religiosas, por más que él tuviera dos hermanos frailes. Su anticlericalismo nacía no solo de las fuentes literarias que manejó en su creación, sino que era una actitud más profunda en nuestro escritor. Esto nos permite comprender la importancia del poema “Descripción del convento de carmelitas de Bilbao, llamado el Desierto” (2001: 541-547), una dura crítica de estos clérigos a los que toma por ejemplo de la vida consagrada. Inédito en su tiempo, fue texto muy conocido como prueba la abundancia de las copias manuscritas, y de que sirviera de base a algunos de los grabados críticos con los curas de Goya. Era un ilustrado de mentalidad progresista que chocaba con clérigos y paisanos que vivían anclados en creencias tradicionales. Al igual que otros pregonaba una religión libre de prejuicios de la superstición, purificada como un nuevo erasmismo. Desde un punto de vista social tenía algunas críticas que hacer a la Iglesia en la administración de los bienes, el exceso de clérigos, la falsa religiosidad. Se movía en este tema entre el jansenismo, el regalismo y el anticlericalismo.

El 7 de marzo de 1793 Francia declaró la guerra a España, que había colaborado antes en la reacción europea contra la Revolución, e invadió Cataluña y el País Vasco. Floridablanca intentaba controlar la situación con un proceder represor. Facultó a la Inquisición para que inspeccionara las publicaciones galas, la prensa, con el propósito de retener el progreso de las Luces. La censura civil y religiosa vino a cercenar las viejas conquistas sociales. Afectó a algunos miembros de la Bascongada, en una época en que comenzó su declive institucional, como a Eguía y Aguirre, marqués de Narros.

Pero Samaniego, que ya había sido investigado el año 88, iba a sufrir otras agresiones más serias de la Inquisición, según había dicho en mi biografía (1975: 111-121). El escritor, que había sufrido mucho en sus posesiones de Tolosa por los franceses, hubo de refugiarse en Laguardia. En una de estas requisitorias se detuvo al comerciante bilbaíno J. A. de Epalza que llevaba cuatro ejemplares del prohibido papel de Condorcet, *Advertencia a los españoles*, destinados al Seminario de Vergara, a Fernando Landecho, al portador y el cuarto para Samaniego. Según informó el retenido, habían sido remitidos por un tal Ducos, médico asambleario de San Juan de Luz. La Santa recogió los folletos y reconvino a los destinatarios.

Peor suerte tuvo más tarde ya que el hacendado bilbaíno José María de Murga, “para descargo de mi conciencia”, le denunció ante el Santo Tribunal el 11 de marzo de 1793 por tenencia de libros prohibidos. La Inquisición de Bilbao, tras advertir que “mientras residió el reo en aquella ciudad no tuvo nota en materia de religión”, remitió la denuncia al centro de Logroño, zona a la que pertenecía su pueblo. Conservamos la “Sumaria” de este proceso enviada a Madrid. Le hacen una investigación minuciosa: si tenía permiso de lectura de libros prohibidos; si guardaba aún los textos de La Mettrie, Raynal, Rousseau y otros prohibidos; registran su biblioteca y sus papeles, y acaba el tribunal “que estaba satisfecho de su cristiandad y del buen uso que hace de los libros”. Pero en octubre el párroco del pueblo Joaquín Antonio Muro, que veía que se escapaba una presa largamente pretendida, le vuelve a denunciar uniendo diversas acusaciones de particulares de su pueblo. Los testigos le recriminan ahora haber hablado mal de la Inquisición, decir “que los raptos y éxtasis de sta. Teresa eran poluciones”, destacan su anticlericalismo y adjuntan otras críticas que hacían referencia a su ideología y comportamiento

personal. Entre los numerosos testigos que se citaron en este proceso se observaban dos corrientes contrapuestas: unos estaban dispuestos a exculparle, y otros, por el contrario, usaban las circunstancias con el propósito de derrotar al librepensador. Rápidamente se fue envenenando el proceso ya que ascendía la gravedad de las imputaciones. El comisario de Laguardía que le denunciara avala ahora su espíritu religioso y el instructor de Logroño, contrariando las normas de funcionamiento del Tribunal, le informa privadamente de la situación a la que ha llegado para que pudiera solventarla. Para evitar la posibilidad de que se detuviera el proceso en Logroño, los acusadores dirigieron una instancia al Inquisidor General de Madrid. El rumbo que estaba tomando la investigación le inquietó mucho, y el 5 de febrero de 1794 se marchó a Madrid. Allí solicitó ayuda a su amigo, el alavés Eugenio Llaguno y Amírola, recién nombrado ministro de Gracia y Justicia, que en visita al Inquisidor General Manuel Abad solucionaron privadamente el problema, ya que los documentos concluyen con un lacónico “votado a suspensión”. La libertad con que expresaba sus ideas, y lo peculiar de las mismas le han jugado a Samaniego una mala pasada. En 1798 serán encarcelados sus amigos Meléndez Valdés y Jovellanos por la acción del ministro Caballero que empezó a perseguir a los ilustrados.

#### 4. Bibliografía

- ARCE, Fernando de (2002), *Adagios y fábulas*. Ed. de Antonio Serrano Cueto. Alcañiz-Madrid: Instituto de Estudios Humanísticos-Ediciones El Laberinto.
- CEBRIÁN, José (2004), *La Musa del saber. La poesía didáctica de la Ilustración española*. Madrid: Iberoamericana.
- COUGHLIN, Edward V. (2002), *La teoría de la sátira en el siglo XVIII*. Newark: De la Cuesta.
- DOMÍNGUEZ CAPARRÓS, José (1976), *Contribución a la historia de las teorías métricas en los siglos XVIII y XIX*. Madrid: Anexo de la RFE.
- GUEREÑA, Jean-Louis y Antonio Viñao Frago (1996), *Estadística escolar, proceso de escolarización y sistema educativo en España (1750-1850)*. Barcelona: EUB.
- HAIDT, Rebecca (1998), *Emboding Enlightenment. Knowing the Body in Eighteenth-Century Spanish Literature and Culture*. New York: St. Martin's Press.

- JOVELLANOS, Gaspar Melchor de (1956), *Diarios*. Ed. Miguel Artola. Madrid: Atlas, 3 vs.
- MARTÍN GAITE, Carmen (1988) [1972], *Usos amorosos del dieciocho en España*. Barcelona: Anagrama, 2 ed.
- PALACIOS FERNÁNDEZ, Emilio (1975), *Vida y obra de Samaniego*. Vitoria: Caja de Ahorros Municipal.
- (1986A), “Samaniego y la educación en la Sociedad Bascongada de Amigos del País”. *I Seminario de Historia de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*. San Sebastián: RSBAP. 283-309.
- (1986B), “Ilustración y literatura en el País Vasco”. *Peñaflorida y la Ilustración*. Ed. de J. Urrutikoetxea. San Sebastián: Universidad de Deusto. 67-114.
- (2002A), “Samaniego en la corte de Carlos III: gestiones políticas, tertulias literarias, polémicas teatrales”. *Félix María de Samaniego y la literatura de la Ilustración*. Coord. E. Palacios Fernández. Madrid: Biblioteca Nueva. 129-201.
- (2002B), *La mujer y las letras en la España del siglo XVIII*. Madrid: Ed. del Laberinto.
- (2006A), “Pensamiento social y político de Félix María de Samaniego: *Fábulas* (1781-1784) y *Medicina fantástica del espíritu* (1786)”. *Nación y Constitución. De la Ilustración al Liberalismo*. Ed. Cinta Canterla. Sevilla: Universidad Pablo de Olavide-SEES XVIII. 391-420.
- (2006B), “Panorama de la literatura erótica en el siglo XVIII”. *Venus venerada: Tradiciones eróticas de la literatura española*. Ed. José Ignacio Díez y Adrienne L. Martín. Madrid: Editorial Complutense. 191-239.
- PALACIOS FERNÁNDEZ, Emilio, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (Univ. Alicante). ([cervantesvirtual.com/bib\\_autor/samaniego](http://cervantesvirtual.com/bib_autor/samaniego)), 12-V-2003; actualizaciones 19-III-2007.
- SAAVEDRA, Pegerto y Hortensio Sobrado (2004), *El siglo de las Luces. Cultura y vida cotidiana*. Madrid: Ed. Síntesis.
- SAMANIEGO, Félix María de (1786), *Medicina fantástica del espíritu, y espejo teórico-práctico, en que se miran las enfermedades reynantes desde la niñez hasta la decrepitud: con recetas y aforismos, que suministra la moral*. Escrita en metro joco-serio y prosa por el Dr. D. Damián de Cosme. Dedicase a los santos médicos San Cosme y San Damián. Con licencia. Madrid: por Pantaleón Aznar. 14+56 pp. Biblioteca Nacional (Madrid), V.E. 354 (61).

- (2001), *Obras completas*. Introducción de E. Palacios Fernández. Madrid: Fundación Castro.
- (2004), *El jardín de Venus. Cuentos eróticos y burlescos con una coda de poesías verdes*. Ed. y notas de Emilio Palacios Fernández. Madrid: Biblioteca Nueva.